

LA SUERTE DE UN VIAJANTE

A mi pequeño,
en la prueba dura y feliz de su Grado Superior

En «La muerte de un viajante» se nos plantea y desarrolla la tesis de la desgracia social y física que aguarda al viajante de comercio en los Estados Unidos de América, y por generalización y antonomasia se nos quiere presentar a tal personaje como el paradigma de tal profesión en todos los paralelos del globo terráqueo.

Ningún viajante de comercio que se estime puede sentirse dignamente representado por el «dramatis personae» — hoy de fama mundial — creado por el escritor Arthur Miller.

Si un día, en algún parque nacional se erige una estatua a Willy Loman no podrá ser nunca como homenaje simbólico, como recuerdo siquiera al viajante desconocido, mucho menos como deificación del hombre que anda por el mundo con unas maletas que contienen unos muestrarios.

El protagonista del drama de Miller tiene empero un alto valor educativo, didáctico, el que se desprende, como un effluvio, de su complejo de inferioridad. La trayectoria y fin de su vida es de alta enseñanza; es la meta que aguarda a todo fracasado, ya que Loman no deja de ser un solo instante la encarnación de uno de los tantos invertebrados humanos que andan por la tierra sin brújula, sin plan, sin norma; se arrastran como reptiles hasta llegar a dar con sus huesos anónimos en la fosa común de un cementerio cualquiera, tras haber agonizado como un simple número de cama de hospital o en suicidio conforme el tipo que nos ocupa.

No; Willy Loman no puede ni debe representar nunca ni en parte alguna a ningún viajante de comercio con honra. Ese hombre, arrancado quizá de la triste realidad, es un pobre hombre como tantos, no lo niego; un fatuo en sus buenos tiempos, un pobre diablo para quien el mundo, nuestro mundo pequeño, tiene la importancia, la ligereza e inflación de una pelota de fútbol. Convengamos en que nuestro

mundo, a pesar de sus múltiples defectos, es otra cosa muy distinta de un balón-pie.

Un hombre que conforme nos confiesa el propio Loman quiere ser un fiel marido y un gran padre, no tiene amante a quien regalar medias ni cría hijos vagos, inútiles, incapaces para toda obra buena, cosechadores de sus pensos, cuya existencia se desenvuelve entre jugar, robar y mujerear.

Ojalá que en «La muerte de un viajante» perecieran todos los incapaces y fracasados que en el mundo existen, para los cuales los clásicos crearon el apotegma sofista de que primero es vivir y luego filosofar.

Para los muchos Lomans que en el mundo viven y que pasan a nuestro lado arrastrando los bártulos de su vida sin rumbo, la vida no es otra cosa que la función vegetativa, la serie de actos fisiológicos para los cuales están creados determinados órganos humanos. E interpretando así la vida, aceptan a pie juntillas que la filosofía es para después, para la vejez, para el último acto de la comedia humana. Para esos entes sin razón ni orientación determinada, un plan es una jerga, y así, de su existencia gris y anodina quieren hacer un vasto «plan», un gran jolgorio, una fiesta sin fin a base de entrampamiento, gastar sin regla y vivir sin método, y en cuanto se dan cuenta que la sociedad se los sacude, entonces abren los ojos a la realidad, a la verdad, a la filosofía. Llegado ese desenlace no se les ocurre otra cosa que pedir limosna, solicitar un mal empleo por sesenta dólares mensuales, o por cincuenta, o por cuarenta, como humildemente implora Willy Loman de su jefe y burgués.

No, no, no; la vida de un viajante de comercio no es eso, ni mucho menos su muerte el cobarde suicidio.

Un viajante de comercio es aquel hombre que usted y yo conocemos y a quien puede encargarse llevar «un mensaje a García».

El viajante de comercio es la más alta y acabada personificación del hombre libre. El novísimo viajante de comercio no depende directamente de ningún jefe ni patrón y mucho menos de un sueldo unilateral. El modernísimo viajante de comercio anda por el mundo por su exclusiva y libérrima cuenta y voluntad, vende de varios y más que ofrecer debe saber imponer, hacer comprar con gracia, con sus mañas, con su previa y afinada selección de los artículos que trae y luego saber dónde y a quién debe metérselos.

El viajante de «La muerte de un viajante» es un personaje anacrónico, de museo, especie de muñeco montado en cera como las alas de Icaro y como éste, más imprudente que sensato. Para ese viajante, su ideal se cifra en cobrar un seguro de los mal llamados de vida cuando se muera o se mate, o cuando menos, que el Estado le pase una pensión por invalidez.

El viajante de comercio de hoy y de mañana tampoco es un señor cuyo primordial santo y seña tenga que ser la

sonrisa estereotipada. Se puede y se debe saber sonreír y reír a tiempo y oportunamente, pero sin dejar de llevar siempre en el fondo de sus maletas o de su cartera de negocios, el tesoro de su altivez y orgullo profesionales, de hombre libre, independiente y que en constantes ocasiones sabe hacerse necesario ante la sociedad a quien sirve y de la cual depende, ¡PERO!, sin que la sociedad lo comprenda, sin que de ello se dé cuenta.

En cuanto el viajante de comercio se agache, en cuanto se humille, en cuanto mendiga que le compren o le aumente el sueldo su amo, el viajante de comercio es hombre muerto, mucho antes de que materialmente se muera.

El viajante de comercio tal cual yo lo comprendo y lo practico, es la antítesis del de «La muerte de un viajante»; es más bien ésto: *La suerte de un viajante*; cuestión de una letra, pero una letra que sea compendio, cifra y estilo de todo un abecedario diplomático.

J. M. Vidal y Pallejá

FRENTE AL MAR

Gusto diluirme en la brisa al pasar;
Sentirme átomo en el azul ambiente,
Tenue y grácil como la luz naciente
Sobre el cendal de las olas del mar.

Espuma que al litoral va a besar
Y se parte en carne viva al Oriente,
Desangrándose apasionadamente
Y amor, entre aire y sol, suele clamar.

Canción, ondear, temblor, ir, venir...
Impulso, estremecimiento, mecer...
Rebasamiento, saltar, correr, huir...

Romanza helénica al amanecer...
¡Sentir en cada ola la magnitud
Que agita y conmueve mi inquietud!!!

Josefina Domingo de Balañá